

Señor, si Tú nos acompañas a lo largo de la vida,
¿cómo vamos a perdernos en la muerte?

Si tu presencia hace pleno nuestro ser,
¿cómo vamos a hundirnos en la nada?

Señor Dios nuestro,
¿cómo comprender que este inevitable fin
es el comienzo de otra cosa en la continuidad de la vida?

¿Cómo aceptar que la hora de nuestra muerte
es la hora de un encuentro pleno con el único amor?

Tú sólo eres, Señor, la respuesta a estas preguntas
Te damos gracias, Padre,
porque tu hijo Jesús, resucitado da sentido a nuestra vida.

Padre, tu hijo Jesucristo puso su tienda entre nosotros
para compartir nuestra vida
y para que nosotros compartiéramos la tuya.

Vivió como nosotros vivimos, murió como todos morimos,
pero con la certeza de que Tú le acompañabas
hasta el seno mismo de la muerte.
Ofrendó su larga noche para vivir tu amanecer luminoso,
por eso se convirtió en el Resucitado.

Gracias por la resurrección de tu hijo Jesús
y por la promesa de nuestra futura resurrección.

Hoy te pedimos
que nos conserves el corazón abierto a la esperanza.
Que no rehusemos la muerte y que cuando llegue
Que la aceptemos como semilla de vida,
como la aceptó tu hijo Jesucristo.

(En el funeral de José María Mardones)

Señor no nos dejemos atrofiar por la resignación, que no cedamos al
desaliento ni siquiera en las situaciones más difíciles, porque Tú, oh
Dios, eres el Dios de la resurrección y de la esperanza, que siempre
reanima, contigo siempre se puede levantar la mirada, empezar de
nuevo y volver a caminar. AMEN

21 de Marzo de 2026ko Martxoaren 21a

5º Domingo de CUARESMA



“Yo soy la resurrección y la vida”

“Neu naiz biztuera eta bizia”

JUAN 11, 1-15

“La Palabra / Hitza” -- Centro pastoral BerriOna

Oración preparatoria

Señor Jesús,
nos reunimos hoy ante tu Palabra
con el corazón abierto y deseoso de escucharte.
Danos tu luz para comprender,
tu Espíritu para acoger,
y un corazón disponible para dejarnos transformar.

EL EVANGELIO DE HOY / GAURKO EBANJELIOA

Lectura del santo evangelio según san Juan (11, 1-45):

Había un enfermo llamado Lázaro. Era de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que había ungido al Señor con perfume y secado sus pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: “Señor, aquel a quien tu quieres está enfermo”. Al oírlo, Jesús comentó: “Esta enfermedad no es de muerte, sino para la gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella”.

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro.

Cuando oyó que estaba enfermo, entonces permaneció dos días más en el lugar donde estaba. Al cabo de ellos, dice a los discípulos: “Vayamos a Judea de nuevo”. Le dicen los discípulos: “Rabbí, hace poco los judíos buscaban apedrearte, ¿y de nuevo vuelves allí?”.

Respondió Jesús: “¿No son doce las horas del día? Si uno anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si uno anda de noche, tropieza, porque la luz no está en él”.

Dijo esto y añadió: “Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarle”. Le dijeron sus discípulos: “Señor, si duerme, ya se curará”. Pero Jesús lo había dicho de su muerte, pero ellos pensaron que hablaba del descanso del sueño. Así que entonces Jesús les dijo con franqueza: “Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Pero vayamos allá”. Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: “Vayamos también nosotros a morir con él”.

Cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, a unos quince estadios [3 kms.], y muchos judíos habían venido a casa de Marta y María, para consolarlas por su hermano.

Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María se quedó en casa.

Dijo Marta a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero incluso ahora sé que todo cuanto pidas a Dios, Dios te lo dará”.

Le dice Jesús: “Tu hermano resucitará”. Le dice Marta: “Sé que resucitará en la resurrección en el último día”. Le dijo Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree En mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?”

Le dice: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que ha de venir al mundo”. Y dicho esto, fue y llamó a María, su hermana, y le dijo al oído: “El Maestro está ahí y te llama”. Ella, en cuando lo oyó, se levantó rápidamente y fue a su encuentro.

Jesús todavía no había llegado al pueblo, sino que estaba aún en el lugar donde lo había encontrado Marta. Así que los judíos que estaban con María en la casa y que la consolaban, al ver que se levantaba rápidamente y salía, la siguieron pensando que iba al sepulcro para llorar allí. Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verlo, cayó a sus pies diciéndole: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”.

Jesús, cuando la vio llorando y llorando también los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó y dijo: “¿Dónde lo habéis puesto?”. Le dicen: “Señor, ven y verás”. Jesús derramó lágrimas. Así que decían los judíos: “¿Mirad cómo le quería!”. Pero algunos de ellos dijeron: “Este, que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que este no muriera?”.

Jesús, conmoviéndose de nuevo en su interior, va al sepulcro. Era una cueva y tenía puesta encima una losa. Dice Jesús: “Quitad la losa”. Le dice Marta, la hermana del muerto: “Señor, ya huele, porque es el cuarto día”. Le dice Jesús: “¿No te dije que, si crees, verás la gloria de Dios?”. Así que quitaron la losa.

Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: “Padre, te doy gracias por haberme escuchado; bien sé que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado”. Y dicho esto, gritó con fuerte voz: “¡Lázaro, ven afuera!”.

Salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Les dice Jesús: “Desatadlo y dejadle andar”.

Muchos de los judíos que habían venido donde María, viendo lo que había hecho, creyeron en él».

¡Palabra de Dios! Jaunak esana - Eskerrak Zuri, Jauna

Otras palabras ... sabias

«La gloria de Dios es que el ser humano viva». (San Ireneo) (s. II):